



ASOCIACIONISMO Y CULTURAS DE COOPERACION

Josep PONT VIDAL

A mediados de la década de los noventa, nos encontramos en una encrucijada: poco podemos hablar de la existencia de movimientos sociales, a la vez que observamos un importante descenso en el interés de los ciudadanos por los distintos campos del mundo asociativo tradicional, de forma que se puede hablar de «crisis de asociacionismo». A este último fenómeno, habría que añadir una disminución de su confianza y credibilidad hacia las instituciones y los partidos políticos, fenómeno ya constatado a comienzos de los años ochenta. Esta situación puede ser interpretada desde distintos puntos de vista. Así, mientras que algunos científicos sociales diagnostican que vivimos en una época de desmovilización, de individualismo y de marcado narcisismo —como afirma G. Lipovetsky—, otros afirman que nos encontramos ante «el declive del individualismo en las sociedades de masas» —según Mafessoli—.

Muchas veces parece que las personas sean indiferentes o que se movilicen para pocas cosas. Sin embargo, observamos tendencias hacia un tipo de asociacionismo de vinculación más afectiva y emocional que, en momentos determinados, provocan nuevas formas de acción colectiva y formación de grupos, lo que conduce a que los ciudadanos se asocien cada vez menos formalmente. Lipovestky interpreta que «la indiferencia pura no significa indiferencia a la democracia, significa abandono emocional de los grandes referentes ideológicos, apatía en las consultas electorales, banalización espectacular de lo político, transformación de la política en “ambiente” pero dentro del campo de la democracia». No podemos, pues, hablar solamente de crisis del asociacionismo clásico sin tener en cuenta, también, la crisis de los canales tradicionales de participación política, como ampliamente lo ha descrito C. Offe.

Si durante la primera mitad de los ochenta el movimiento por la paz, el movimiento de objetores de conciencia (posteriormente de insumisos), el movimiento ecologista, el movimiento feminista y, aunque con menos incidencia, el movimiento de solidaridad con Centroamérica fueron los canalizadores de formas de protesta y de vías no tradicionales de participación, desde hace unos años, nos encontramos frente al impulso de una nueva forma de participación ciudadana. Esta se canaliza hacia el sector de las Organizaciones No Gubernamentales, especialmente las que realizan proyectos de desarrollo, humanitarias y con inmigrantes y refugiados. La proliferación y el peso de este tipo de altruismo social abre nuevas formas de participación de la sociedad civil, produciendo una situación «relativamente nueva y estable» —según S. Giner— en el orden político y democrático de nuestro país.

Concretamente en el campo asociativo y dentro de este en las organizaciones que centran su actividad en la cooperación para el desarrollo, este diagnóstico se puede apoyar con diferentes fenómenos, entre los que cabe citar:

a) Una creciente actitud solidaria y de movilización social de carácter emocional entre la población española (p. ej., en acciones concretas como la de Ruanda o por Bosnia) e interés por que nuestro país destine una mayor cantidad de recursos económicos a los países del Sur;

b) un importante aumento en el número de voluntarios en las asociaciones de cooperación para el desarrollo;

c) un importante impulso en la constitución jurídica de asociaciones, de antiguos comités y grupos de solidaridad y la constitución de asociaciones de solidaridad formadas por colectivos profesionales diversos.

Los fenómenos nombrados pueden ser interpretados en un marco de «recomposición» de la sociedad civil, en donde las ONG aparecen como vertebradoras y como agentes sociales de cambio. Desde otro punto de vista el politólogo J. Raschke lo interpretaría como una respuesta de la sociedad civil en la formulación de propuestas sobre los graves problemas actuales que sufre el planeta y que ponen en peligro la futura supervivencia de la humanidad.

En España, durante los últimos años, no solamente se ha consolidado una importante red de asociaciones y coordinadoras de solidaridad, sino que han tenido lugar una serie de movilizaciones —como el movimiento por el 0,7%— que han conducido a un cambio de actitud de la población española en relación con los problemas de los países del Sur y la necesidad de destinar mayores recursos para paliar la pobreza de estos países. Como consecuencia las instituciones, y especialmente los municipios, han realizado un esfuerzo por materializar estas aspiraciones que la sociedad civil reclamaba.

El presente artículo se centra, básicamente, en torno a tres cuestiones: primero, el legado de valores y de culturas de cooperación desarrollado por el movimiento por la solidaridad con Centroamérica y de los movimientos sociales en general; segundo, y enlazando con el anterior, cómo han influido estas culturas en el proceso de transformación de los antiguos comités y colectivos de solidaridad en asociaciones y, por último, el debate en torno a la función de cultura «apolítica» de las ONG de Desarrollo.

Primero, los diferentes movimientos sociales que marcaron la década de los años ochenta han sentado las bases en aspectos como los valores, formas de acción y culturas políticas. El potencial de estos movimientos se ha manifestado en estrategias de ruptura y creativas, en el movimiento por la solidaridad internacional con críticas radicales a las estructuras e instituciones internacionales. Estas exigencias han determinado las diferentes formas participativas y organizativas. Estas se han mantenido en el movimiento de solidaridad internacional y su transformación en ONGD «políticas».

Segundo, a partir de la institucionalización y transformación de los antiguos grupos que formaban parte del movimiento por la solidaridad internacional con Centroamérica, se ha constituido un nuevo tipo de asociacionismo, las Organizaciones No Gubernamentales de Desarrollo. Los valores y contenidos se han materializado en distintas formas de entender la incidencia social y en el trabajo de las ONG de Desarrollo, desarrollándose diferentes «culturas de cooperación y de gestión». Estas «culturas» implican desde las citadas formas de entender la incidencia

social hasta los diferentes grados de participación. ¿Qué formas y modelos se han desarrollado?, ¿se ha tratado de una movilización y de sentimientos «espontáneos», o de un largo trabajo de sensibilización llevado a término por diferentes asociaciones y entidades?

Tercero, el fenómeno de las ONGD ha sido fuertemente criticado y cuestionado tanto por sectores de la derecha como de la izquierda. Pero ha sido desde sectores de la izquierda —radical y extraparlamentaria— de donde han venido las críticas más fuertes en cuanto a la «neutralidad» y «apoliticismo» de éstas, con el argumento de que en las circunstancias del mundo actual, la «neutralidad» significa la justificación del sistema establecido. Desde esta perspectiva, las ONGs de Desarrollo tienen que «ser políticas» y tomar partido por diferentes opciones y alternativas. ¿Podemos afirmar que se trata de una nueva forma de protesta con unos objetivos políticos definidos? Y, en este caso, cabe preguntarse ¿desde qué perspectiva ideológica se habla?

El legado de los movimientos sociales

En la segunda mitad de los noventa, apenas podemos hablar de movimientos sociales debido a su retroceso o, como algunos autores apuntan, a su fin o inexistencia (Touraine 1985, Melucci 1985). En España, como en los demás países de Europa occidental, los nuevos movimientos sociales aparecen como un aumento de las ideologías y actitudes participativas, al margen de los canales institucionales, con nuevas formas de participación no convencionales y no siempre necesariamente al margen del sistema sociopolítico.

Los nuevos movimientos sociales (NMS) incluyen las más variadas formas de crítica al sistema occidental de civilización en cuanto a formas de vivir y de desarrollo. En el campo de las relaciones internacionales, las causas y síntomas son muy variados: desde el aumento del peligro de guerra y la destrucción de las condiciones de vida naturales, hasta problemas como el hambre, las migraciones a las que se encuentra sometida una gran parte de la población del planeta y el dogma del desarrollo y productivismo sin límites.

El nuevo espacio de acción del sujeto es un espacio de «política no institucional». Como marco interpretativo que diferencia este campo de «política no institucional» de las antiguas formas de participación, Offe ha desarrollado el término de «paradigma político». Aun y así, va más lejos y ha dividido este término en

el «viejo paradigma» y el «nuevo paradigma». Importante para nosotros es ver qué conllevan los citados paradigmas frente al movimiento por la solidaridad internacional.

Con el «viejo» y «nuevo» paradigma, C. Offe enuncia los temas que priorizaron la izquierda y la derecha durante los años de la posguerra europea. Temas como las relaciones internacionales y las políticas de ayuda o de intervención en los países del Tercer Mundo fueron materia reservada a la que tenían acceso restringidas comisiones parlamentarias. Con el «nuevo paradigma» la dicotomía existente entre las esferas «pública» y «privada» son cuestionadas, a la vez que ambas se someten a la «esfera política». Este hecho no tiene lugar solamente a nivel individual sino también a nivel social al ponerse en duda la dicotomía constante entre el «Estado» y la «sociedad civil».

El resultado de este proceso ha sido el aumento de las actitudes «participativas» y el uso creciente de formas no institucionales de participación y la formulación de exigencias políticas en temas anteriormente considerados de política internacional. Los NMS han tratado de politizar las instituciones de la sociedad civil, de aumentar los canales de representación ciudadana, desburocratizándolos y, en consecuencia, de «reconstruir» una sociedad civil.

En el campo de la cooperación al desarrollo, la participación de las ONG se ha manifestado en la participación en los Consejos de Cooperación.

Sin embargo, la «reconstrucción» de la sociedad civil en las sociedades industriales por sí sola no explica el ímpetu de los NMS y del movimiento por la solidaridad internacional. Habría que añadir un segundo aspecto relacionado con las consecuencias destructivas producidas por los procesos industriales. El politólogo J. Raschke se refiere a las contradicciones estructurales y a los problemas generados dentro del acelerado proceso de racionalización de la vida social en las sociedades industriales avanzadas. Raschke establece las consecuencias que producen en la socialización de los individuos el crecimiento económico, la industrialización y la introducción de nuevas tecnologías. Esto conlleva una serie de contradicciones estructurales, aceleradas por la racionalidad industrial de la vida social y que conducen hacia una «crisis de la civilización industrial». Esta crisis se manifiesta en tres dimensiones:

1. Como un «*aumento de la autodestructividad*». Desde el punto de vista de las relaciones entre los países del Norte y del Sur, alude a la constante destrucción de las formas de vida natu-

rales, junto con la dinámica de confrontación entre el desarrollo económico y tecnológico entre el Norte y el Sur, y que comporta un aumento de la autodestructividad a nivel planetario.

2. Como una «*disminución de la eficiencia en su totalidad*». El aumento y el despilfarro de la producción y consumo de bienes, producción basada en la incontrolable explotación de recursos naturales, especialmente de los países del Tercer Mundo, conlleva un coste ecológico irreparable. Esta superproducción y despilfarro de bienes innecesarios implica, también, un aumento de los costes psíquicos en las personas que viven en el Norte y un constante empobrecimiento económico del Sur.

3. Como una «*disminución en las competencias para resolver problemas*». Los gobiernos se muestran cada vez más incapaces de resolver los problemas y los retos planteados a medio y largo plazo, a la vez que muchas de las decisiones tomadas han resultado contraproducentes. Los problemas derivados de este desarrollo irracional no pueden ser tratados aisladamente sin tener en cuenta los costes sociales y sus consecuencias.

Partiendo de estos enunciados teóricos hemos visto que los NMS surgen como respuesta a los déficits estructurales en las democracias representativas y como protesta frente a las propias dinámicas del sistema industrial. Falta el elemento que se refiere a los valores y contenidos que han aportado *el movimiento ecologista, para la paz y feminista* al movimiento para la solidaridad con Centroamérica.

El *movimiento ecologista*, desde sus inicios, ha mostrado una especial sensibilidad en el momento de relacionar el problema ecológico de una forma global. De esta manera, ya en la declaración de principios del primer encuentro estatal de grupos y colectivos ecologistas españoles el año 1978, uno de los puntos hacía especial referencia a «la ayuda al Tercer Mundo, la crítica de los intercambios internacionales, el robo de los recursos naturales o la imposición de los moldes de crecimiento industrial irrealizables».

En el caso del *movimiento ecologista y antinuclear*, distintos colectivos y grupos han protestado no solamente contra el peligro que supone la construcción de las centrales nucleares y las ya vividas consecuencias catastróficas para la población y el medio ambiente que han ocurrido en la práctica totalidad de los países. Uno de los objetivos ha sido la lucha contra el monopolio energético, la red tecnológica internacional y la consiguiente dependencia tecnológica y energética que la exportación de este tipo de tecnología supone para los países compradores del Ter-

cer Mundo. El movimiento denuncia la racionalidad científica, económica y política que proviene de los países industrializados, pronosticada en el Primer Informe del Club de Roma.

Parecido es el caso del *movimiento para la paz*. El pacifismo, aun y teniendo bases muy diversas tales como humanas, religiosas o utilitaristas, muchas veces no ha hecho más que denunciar públicamente los tratados secretos entre bloques militares y naciones, y las dudas existentes entre los mismos funcionarios, políticos y militares en relación con la política de seguridad.

Por lo que se refiere al *movimiento feminista*, el provocativo lema utilizado por grupos feministas autónomos «no luchamos por las mujeres de la periferia sino con ellas», nos demuestra la inquietud de distintos sectores del movimiento por entrelazar la situación y los objetivos de la mujer en los países del Norte y los de Sur. En este sentido, el movimiento feminista ha llevado a cabo un trabajo de explicación y de esclarecimiento de las relaciones patriarcales y de dominio existentes a que se encuentran sometidas las mujeres del Primer y del Tercer Mundo.

El impacto de las políticas oficiales de cooperación internacional en la vida de las mujeres, los efectos de los ciclos de las crisis económicas en los países del Sur, donde las mujeres son las principales afectadas —con la consiguiente disminución de los servicios sociales y familiares—, o el resurgimiento de movimientos de mujeres como un nuevo movimiento destacado en los países del Sur, han sido temas que, en los últimos años, ha tratado el movimiento feminista.

La composición de los citados movimientos ha sido muy heterogénea. Muchos de los actores que han participado en ellos han pasado a formar parte del actual *movimiento por la solidaridad internacional*. ¿Qué valores aportan y que «culturas de solidaridad» componen el movimiento por la solidaridad internacional? ¿Qué relaciones existen entre el movimiento y actores colectivos como las ONGs?

Las culturas de cooperación de los comités y grupos de solidaridad

Podemos afirmar que, a diferencia de otros países europeos, casi no ha existido un *movimiento por la solidaridad internacional* en España. No obstante, este movimiento incipiente tiene sus orígenes a principios de los años ochenta impulsado, básicamente, por la fuerte simpatía de amplios sectores sociales que

despertó la victoria del Frente Sandinista en Nicaragua o la lucha del Frente Farabundo Martí en El Salvador. En los últimos años, se ha ampliado paulatinamente con la creación de numerosos colectivos y grupos de apoyo a otros procesos de liberación y de luchas populares, principalmente de América Central y, más recientemente, los procesos de paz en Guatemala, el proceso de democratización de Haití, la lucha de los campesinos de Chiapas en México y de solidaridad con el pueblo y con el régimen cubano.

Con la pérdida de las elecciones del Frente Sandinista en 1992, muchos de los grupos y comités de solidaridad que habían centrado en él sus esfuerzos y razón de ser acababan en una crisis de identidad y de perspectivas. Mientras algunos desaparecerán, otros se transforman jurídicamente en asociaciones. Posteriormente, y debido a la fuerte atomización del sector, especialmente entre las ONG solidarias se verá la necesidad de coordinar esfuerzos, abriéndose diferentes procesos de trabajo conjunto y de agrupación, en los cuales todavía está por ver el éxito de estos largos y complicados procesos.

Sin embargo otros factores contribuyeron a la transformación de los comités de solidaridad y de los colectivos de apoyo en asociaciones. Dentro del marco de la consolidación de la democracia en nuestro país, dos factores influirán decisivamente en ello: por un lado, el proceso de reestructuración, a nivel nacional, del Ministerio de Asuntos Exteriores, con la creación de la SECIPI en 1985 y la AECI en 1986 y, por otro, la entrada de España en la Comunidad Europea, hecho que permite que las entidades con estatus jurídico de asociación o fundación puedan acceder a un considerable volumen de fondos europeos para el desarrollo y a diferentes convocatorias de las entidades citadas para la presentación de proyectos.

A nivel organizativo estatal, se constituirá la Coordinadora Española de ONGs para el Desarrollo (1982) a partir de diez Organizaciones No Gubernamentales que se marcan como objetivos racionalizar sus actividades y mejorar la cooperación internacional. El paso cuantitativo se produce a finales de la misma década: entre 1988 y 1990 se triplicó el número de ONGs que se asociaron a la Coordinadora, llegando ésta a aglutinar unas ochenta en 1994. Este crecimiento irá acompañado de un aumento de la sensibilización y preocupación de los ciudadanos españoles hacia los problemas de los países del llamado Tercer Mundo. En Cataluña, este proceso cristalizó con la creación, en 1989, de la Federació Catalana de ONG per al Desenvolupament, que en la actualidad cuenta con más de sesenta organizaciones asociadas.

Desde el punto de vista de composición de los actores, el movimiento por la solidaridad con Centroamérica será muy heterogéneo; participarán jóvenes, ciudadanos, estudiantes y profesionales. El marco ideológico provendrá de la convergencia de las ideologías cercanas al marxismo revolucionario y al catolicismo de izquierda. Desde un principio, se mostrará que los problemas de los habitantes del Sur están relacionados con la situación política y social de los países del Norte. La fuerza del movimiento procede del contacto directo entre los ciudadanos del Primer y del Tercer Mundo para, de esta forma, desarrollar perspectivas conjuntas de actuación política. Estas se traducen en aspectos como: la complementariedad y conexión entre un trabajo muy intelectual y técnico, y el trabajo orientado hacia la práctica social y la movilización; la recuperación —según el educador Paulo Freire— de la unidad entre la acción y la reflexión y, finalmente, la orientación hacia unos cambios de valores y actitudes en el campo de la misma vida de los participantes.

Los principios en los que se basa el trabajo del movimiento por la solidaridad con Centroamérica se basarán sobre dos ejes; primero, una preferencia en la realización del trabajo político en nuestro país, y segundo, el deseo de cambios sociales. Este movimiento se caracterizará por unos puntos básicos en donde cabe citar ocho como mínimo:

1) *Principios básicos.* La política del movimiento tiene como finalidad la solidaridad, la autodeterminación de los pueblos y la observación y el respeto de los derechos humanos en una sociedad mundial, en un contexto de desarrollo económico sostenido. España tendría que jugar el papel de llevar a cabo una política exterior según estos principios y realizar el correspondiente *lobby* en los foros internacionales.

2) *Un Orden Mundial justo.* El movimiento promueve el derecho de los pueblos a desarrollar formas de producción que conduzcan hacia el autosostenimiento y la producción de mercancías y servicios según sus necesidades y peculiaridades culturales, en armonía con el medio ambiente. Además de pronunciarse contra el dogma de la libertad del comercio mundial, se defiende el derecho de los países del Tercer Mundo a defender con barreras arancelarias y proteccionistas su economía y comercio de las grandes empresas multinacionales. Campañas como «Por un comercio justo» o la de boicot contra productos procedentes de determinados países, son sólo unos ejemplos.

3) *Desmilitarización*. Una de las constantes exigencias del movimiento es la creación de formas preventivas para la resolución de conflictos armados. Una consecuencia directa es la destrucción mundial de todos los sistemas de aniquilación masivos, así como un control de las exportaciones nacionales y del comercio mundial de armas. La reciente campaña iniciada por algunas ONGs «Eliminemos las minas» en la que se denuncian las empresas españolas exportadoras y en la que se dan alternativas para un reconversión de estas armas, o la «Campaña contra el Comercio de Armas» son testimonio de ello.

4) *Democratización*. Desde este punto de vista, el principio de subsidiariedad hace referencia a que las formas de regulación de las relaciones humanas tienen que ser democráticas, desde las esferas personales, municipales y regionales hasta la nación y la sociedad mundial. Para que se haga realidad es necesaria la creación y profundización de espacios de participación que lo permitan.

5) *Asegurar los Derechos Humanos*. Para el movimiento por la solidaridad, los Derechos Humanos son universales. En los países en los que no son respetados, no es válida la propuesta de considerarlos como un tema interno o de no injerencia. Los DDHH esta definidos por la comunidad internacional y, por este motivo, tienen que ser respetados; en caso contrario, la intervención internacional es legítima.

6) *Autodeterminación cultural*. Entrevistas diversas, comunicados y afirmaciones que representan los distintos colectivos, coinciden en afirmar que los conocimientos científicos, los procedimientos técnicos y organizativos y las tradiciones sociales, culturales y religiosas de los pueblos del Sur, son herencia cultural de la humanidad. Asimismo, en muchos países, estos campos han sido apropiados y monopolizados por unos grupos minoritarios y determinadas clases sociales y, en consecuencia, no están abiertos al resto de las personas.

7) *Persistencia*. El movimiento defiende que la forma de vida y la economía se ajusten a las necesidades humanas, no solamente materiales, al mismo tiempo que supere los actuales desastres ecológicos. Esta es la exigencia que se formula a las naciones industrializadas para que orienten la economía contaminante y consumista hacia una forma racional de utilización de las materias primas.

8) *Acercamiento ciudadano*. Los temas que hacen referencia a la política exterior y a los países del Tercer Mundo tienen que ser «recuperados» del monopolio estatal y ser debatidos de una

forma democrática y participativa por todos los ciudadanos. Un punto central es el trabajo conjunto entre las instituciones y secretarías estatales y los grupos que realizan cooperación. En este campo, encontramos la destinación del 0,7% de los presupuestos municipales para la cooperación, o el acercamiento de nuestros municipios a los de los países del Sur.

La confluencia de distintos sectores políticos —marxistas, revolucionarios y católicos de izquierdas—, así como los valores y la práctica política, relacionando los problemas de los habitantes del Sur con la situación política y social de los países del Norte y los puntos básicos que caracterizan el movimiento, determinarán en la actual década las «culturas» de cooperación y solidaridad que desarrollarán muchas ONGD.

El papel «apolítico» de las ONGs de Desarrollo

Hasta el momento, hemos visto la evolución, en los últimos años, de los valores, contenidos y «culturas políticas» —tanto a nivel teórico como pragmático— que han desarrollado los antiguos comités y grupos de solidaridad, reflejados en el movimiento por la solidaridad con Centroamérica. Las asociaciones actuales, como una continuidad histórica, han legado modelos de actuación política, reflejándose en aspectos tales como los canales de participación, el compromiso social, la selección de contrapartes, los modelos de desarrollo o los mismos modelos de gestión. Habrá que ver el punto de encuentro y las paradojas en las que se encuentran.

Un punto de coincidencia es que la gran mayoría de ONGD se declaran «apolíticas» —en el sentido de no tener vinculación directa con partidos políticos—, al mismo tiempo que la mayoría de estudios concuerdan en que se trata de un nuevo agente social «sin afán de lucro» y que tienen, esencialmente, la función de ser «instrumentos» para llevar a cabo una movilización de recursos que permita viabilizar unas determinadas acciones. Si son instrumentos, ¿a qué finalidad responden? y, si son «apolíticas» —es decir, sensiblemente a diferentes utopías sociales—, ¿desde que perspectiva se realiza esta afirmación?

Las controversias, según los conservadores, son recientes. Sectores sociales conservadores han dedicado poca o ninguna atención a valores y actitudes como el altruismo, la solidaridad y la cooperación internacional. En artículos aparecidos recientemente, se acusa a las ONGD de «poco neutrales» y de tener vinculaciones con determinadas fuerzas políticas de izquierdas o

de apoyar programas demasiado «politizados», como el caso de proyectos claramente identificados con la consolidación de movimientos populares, vecinales o de campesinos organizados y vinculados con procesos democráticos y de liberación de los países del Sur.

Sin embargo, es desde sectores de la izquierda —radical y extraparlamentaria— de donde proceden las contradicciones y críticas más fuertes a las ONGD que podemos clasificar como «solidarias» en aspectos estructurales y políticos.

1) Desde aspectos *estructurales*, parten de dos puntos: el económico y el participativo. Es sabido que la mayoría de ONGs funcionan y financian su infraestructura principalmente gracias a los fondos procedentes de las instituciones. En este sentido surge la pregunta: ¿Hasta qué punto las ONGD pueden, pues, actuar al margen o en contra de determinadas políticas oficiales, si su financiación depende básicamente de fondos estatales? La contradicción inherente aparece cuando las ONGD cuestionan las instituciones que conforman el actual sistema político español, pero a la vez mantienen una gran dependencia cuanto a los proyectos, la infraestructura y el personal profesional.

Desde la vertiente «participativa», hay que mencionar las distintas «culturas» de participación y toma de decisiones que se han desarrollado y que, fundamentalmente, se pueden sintetizar en dos modelos:

— El modelo «vertical». Este modelo se refiere a los puntos que suponen la eficacia de las acciones llevadas a cabo. Un personal técnico altamente profesional se encarga de realizar el seguimiento y la evaluación de los proyectos. Para que los proyectos tengan el impacto deseado en los países del Sur suelen ser de un valor económico importante.

— El modelo «horizontal». En este modelo prima la participación de base de todos los colaboradores y socios de la asociación en la toma de decisiones. Las acciones y proyectos que se realizan generalmente se basan en aspectos concretos y quieren obtener resultados inmediatos, con un volumen económico relativamente modesto.

Los modelos indicados expresan, solamente, una aproximación a la «cultura» de distintas ONGD. Esto no quiere decir que no existan ONGD que intenten sintetizar y en las cuales converjan puntos de los dos «modelos», con resultados que, en la mayoría de los casos, todavía están por ver.

2) Partiendo de la base «política», se considera que, actualmente, ser «apolítico» o «neutral» implica, inexorablemente, ayudar a consolidar el sistema de desigualdades establecido. Desde esta visión, las ONGD tendrían que ser, pues, «políticas» y, en consecuencia, tomar parte por diferentes opciones y alternativas tanto en los países del Sur en los que se realizan proyectos como en los mismos países del Norte. ¿Desde qué perspectiva e ideología tendrían que «ser políticas»? Desde la izquierda, se entiende el trabajo de compromiso «político» de las ONGD de diferentes maneras:

— La primera hace alusión al mismo apoliticismo, burocratización y falta de afianzamiento social, al constituirse muchas organizaciones de cooperación al desarrollo en claros gabinetes técnicos de consultores especializados en gestionar proyectos, sin ningún tipo de influencia política para poner en duda el orden existente y las políticas dominantes. El modelo «vertical» de participación dominará este grupo.

— Otra forma de entender el trabajo político es ver a las ONGs como instrumentos de cambio, con una gran capacidad de negociación frente a las instituciones, al mismo tiempo que generan el necesario apoyo social y asociativo. En esta línea, las ONGs se orientan hacia la búsqueda y consolidación de modelos alternativos a los propuestos por las políticas neo-liberales. Aquí se incluyen puntos tales como la influencia social y política que permite la movilización.

Los programas de educación para el desarrollo y de sensibilización se conciben como medios formativos e informativos acerca de las relaciones de los pueblos para contribuir a un cambio de cultura y a la «transformación social».

Es en este grupo de ONGD donde tiene lugar una convergencia entre los distintos modelos «vertical» y «horizontal» de participación y de culturas, al confluir en un espacio común diferentes experiencias, culturas de cooperación y de solidaridad extraparlamentarias y parlamentarias.

Sin embargo, dentro de las culturas parlamentarias cabrían matices importantes. En las fuerzas progresistas habría que distinguir entre las mayoritarias y las de la oposición, al tener esta última fuerza más relación con las demandas de los movimientos sociales y las ONGD.

—Una tercera postura criticaría a las ONGD que se plantean abiertamente la totalidad del sistema político, pero que se encuentran en la paradoja de que los proyectos, las accio-

nes y la infraestructura se financian con las instituciones públicas. En este grupo, el modelo «horizontal» es el predominante.

— Finalmente, un sector radical considera todas las ONGs que realizan trabajos de cooperación para el desarrollo o con refugiados una «oposición domesticada». Según esta tesis, la lucha por los derechos de las minorías y contra posturas racistas y sexistas, tan sólo abarca el 2% de los marginados y, por tanto, no conlleva ninguna confrontación con el Estado ni con los empresarios, alejándose de los problemas reales que viven los países ricos del Norte, como el paro y la marginación social. Desde la vertiente económica, las ONGD solo darían oportunidades económicas a unos determinados profesionales en calidad de educadores y científicos sociales.

La falta de visión inherente a esta tesis —no exenta de contradicciones— es evidente, al olvidar que los problemas que vive la humanidad sólo pueden ser resueltos si las sociedades civiles de los países ricos del Norte se implican realmente en un cambio de valores, actitudes y estructuras. Las ONG forman parte activa de esta sociedad civil como actores sociales de cambio.

A forma de conclusión

En definitiva, las ONGs de Desarrollo se encuentran en un momento crucial, frente a muchos retos. Por un lado, por las mismas contradicciones relacionadas con los necesarios procesos de coordinación, de adhesión y de fusión. Muchas de las actuales ONGD son el resultado de la transformación y evolución de antiguos comités y grupos de solidaridad que formaron el movimiento de solidaridad con Centroamérica. Han desarrollado diferentes «culturas» de participación y de gestión. Falta por ver desde qué óptica se juzga cuando se habla de aspectos tan decisivos como la «transformación social».

Pero no solamente en los aspectos vinculados a los «modelos» y «culturas», sino en la misma «razón de ser» y funciones de este tipo de asociaciones se encuentran contradicciones. Sería necesario clarificar si todas las ONGD actuales son efectivas y si los programas que realizan tienen una incidencia positiva para el desarrollo humano, político y económico de los países del Sur.

Por último, dentro del actual contexto político español, por la misma crisis del Estado de bienestar y el auge de políticas con-

servadoras, los ajustes presupuestarios previstos y el anunciado «esfuerzo extraordinario», ¿en qué sectores repercutirá? Y, en caso de llegar al 0,7% prometido en las elecciones, ¿qué tipo de programas se priorizarán y cuáles otros se verán afectados?

Josep Pont Vidal

Las asociaciones y las ONGD no pueden ampararse solamente en las subvenciones estatales, sino que han de desarrollar estrategias para conseguir recursos propios. A pesar de todo, es necesario que nos preguntemos qué sectores «recortan» los países ricos del Norte cuando se trata de medidas de ahorro.

Existen importantes diferencias entre los valores, las estrategias y modelos desarrollados y cristalizados en diferentes «culturas de cooperación». Si bien un proceso de coordinación y agrupación entre las distintas ONGD «solidarias» se hace imprescindible, habrá que ver la capacidad y la posibilidad real de llevarlo a la práctica. Este es uno de los retos de los progresistas.
